
Más Oveja que la Oveja

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7776

Título: Más Oveja que la Oveja

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de octubre de 2022

Fecha de modificación: 1 de octubre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Más Oveja que la Oveja

Y sin hacerse rogar más, don Indalecio comenzó de esta manera:

—La justicia lo condenó pa treinta años... Yo no sé; ninguno de nosotros sabemos de esas cosas, porque la ley es muy oscura y más enredada que lengua de tartamudo... pero pa mí qu'el pobre Sabiniano no era merecedor d'esa pena... ¿A ustedes que les parece? ...

—¡Qué nos va a parecer!... ¡Que p'abrír sentencia carece conocer el hecho; y hast'aura usté, se lo pasó escarsiando sin largar la carrera!

—Jué cosa simple. A Graciana, la mujer de

Sabiniano, se le antojó un día que se juese a comprar una botella'e miel de caña ...

—¿Se habrá cansao de la caña con ruda?

—No interrumpás... Ella dijo que se l'había mandao la entendida p'al mal de riñones, por culpa del cual se l'hinchaban bárbaramente los pieses.

Ese día era domingo, llovía como mundo, la pulpería distaba tres leguas, y Sabiniano había largao la víspera su lobuno cansadazo después de haber trabajao de sol a sol en el aparte del Rodeo Grande de la Estancia.

—«Tené pasencia hasta mañana —propuso él; y ella, enfurecida, l'escupió esto:

—«¡Siempre has de ser el mesmo cochino!... ¡Sos capaz de

dejarme morir por no tomarte una molestia y gastar unos centavos pa mi salú!... ¡Y eso que yo echo los bofes pa servirte como si juese una piona! ...

Sabiniano recordó que desde veinte días atrás llevaba la misma ropa interior porque su mujer «no había tenido tiempo» de lavarle y plancharle otra muda; y que tuvo que coser él mismo el rasgón que le hizo una «uña de ñapinday» mientras «leñaba» en el monte; y que la mayor parte de los atardeceres, cuando volvía cansao del trabajo, tenía que hacer juego y calentar la comida, porque ella cenaba temprano pa tener tiempo de dir a casa de alguna comadre de la ranchería pa prosiar desollando vivos a conocidos y conocidas...

Recordó tuito eso y otras cosas más, y le pasó por la vista una nube color de brasa de ñandubay...

—¿Y ai no más se le jué al humo?

—No. Sofrenó el pingo. Se levantó, ensilló el lobuno y salió tranquiando pa la pulpería.

El caballo estaba muy cansao y Sabiniano lo mesmo: jueron dispacito, y cuando pegaron la güelta ya diba cayendo la tarde.

Llovía mucho, y llovía con viento. Las ovejas, buscando reparo, caminaban sin rumbo, idiotamente, y muchas, desamoradas, dejaban abandonados y perdidos entre las malezas a los corderos recién nacidos.

Uno de esos corderitos le salió al encuentro en el camino y comenzó a seguirlo, balando desesperadamente, temblando de hambre y de frío el pobrecito.

Lo siguió cerca de una legua y, al fin, a Sabiniano le dió lástima; se apió, lo alzó, lo puso por delante y lo tapó con el poncho.

—¡Güen corazón, Sabiniano!

—Gaucho a l'antigua... Cuando su mujer lo vído llegar con el corderito, s'encrespó como gallina culeca y prencipió a gritar:

—«¿Qué pensás hacer con esa basura?... ¡Siquiera sirviese p'al asador!

—«Lo vi'a criar gaucho, pobrecito.

—«¡Eso es! ... ¡Pa que me quede un poco menos de la poca leche que dá la única tambera que me has traído!... ¡Cuando yo digo que sos un cochino que me querés hacer morir de hambre!...

Sabiniano no dijo nada, y Graciana agarró la botella'e miel de caña y, sin darle las gracias, se jué p'adentro, echando más maldiciones que un carrero a quien se le quiebra el eje en un pantano...

El caso jué que Sabiniano siguió cuidando el guacho como si fuese un hijo propio, y era una distracción pa'él y un consuelo de las perrerías de su mujer. Y el guacho parecía mesmo una criatura agradecida; en cuanto lo via, disparaba saltando 'e contento y diba acariciarle las piernas con el hocico...

—Muchas veces los animales son más agradecidos que los cristianos.

—Muchas veces. Güeno: una ocasión, al volver del campo a medio día, Sabiniano se sorprendió al ver el macanudo cordero al asador que su mujer sirvió pal almuerzo.

—«¿De ande has sacao ese cordero? —preguntó.

—«¿De ande ha 'e ser? ... ¡De aquí no más!...

—«¿Mi guachito?

—¡Dejuro!... Una, que yo tenía gana 'e comer cordero; y otra, que no podía aguantar le tuvieses más apego a un animal

que a tu mujer.»

Al óir esto, Sabiniano sintió que se le revolvía tuita la yel que le hacía tragar aquella tigrá; desenvainó el cuchillo y le sumió no sé cuántas puñaladas ... ¿Qué les parece a ustedes?

—A mí me parece —respondió sombríamente el viejo Saturno— que la china Graciana era más oveja que la desamorada madre del borrego...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.